

Julio Rodríguez

Una mala racha



menos**cuarto**

«Y me apena ante todo, absurdamente,
la triste idea de morir muy lejos.»

VICENTE GALLEGO

«Cuando navegamos, el barco parece a veces nervioso e irritable, parece perder el rumbo y romper las olas. Después de una tempestad parece cansado y perezoso, y luego, cuando la luz del sol se refleja de nuevo en las aguas, se siente feliz, su proa se mantiene erguida y su popa se balancea un poco como el orgulloso trasero de una muchacha.»

JOHN STEINBECK

«Al diablo con Hitler, estamos hablando de mi novela. No sacudirá al mundo, no matará ni a una mosca, no disparará ningún fusil, pero la recordarás con una sonrisa el día que mueras.»

JOHN FANTE

«Tarde o temprano, a todo hombre le llega la hora de enfrentarse a su próstata. De nada le sirve entonces bajar la cabeza justificándose por su falta de templanza, ni dar su palabra de que dejará de guiarse por los apetitos en adelante. La suerte está echada: la próstata ha estado esperando ese momento durante años con la mente fría del boxeador vapuleado que se reserva el gran golpe para el final del combate o, mejor aún, de la esposa abandonada que sonrío maliciosamente con la certeza de que, algún día, el pájaro volverá al nido y ella podrá tomarse la justicia por su mano. Así que, cuando la próstata te pida cuentas, ponte en guardia, muchacho, porque la cosa habrá empezado a ponerse fea.» Bien pudo haber sido algo así lo que se me pasó por la cabeza cuando, apremiado por la vejiga y el trabajo que la vengativa próstata le encomendaba cada vez más a menudo, me detuve en el arcén de aquella desierta carretera secundaria, a pesar de que estaba a punto de llegar a Santa Marina.

Salí del coche apretando los labios y enseguida sentí en el cuerpo toda la rabia del invierno. Había estado nevando durante buena parte de la semana y la nieve se amontonaba a ambos lados de la carretera. Alumbrada por los faros del coche, la bruma, que apenas dejaba ver a

dos pasos de distancia, adquiriría un aspecto fantasmagórico que no ayudaba a entrar en calor. Exhalé en las manos el vaho que formaba mi aliento al contacto con el aire helado y, frotándolas, caminé sobre la nieve virgen, que crujió bajo mis pies como una tostada recién hecha. En algún lugar había oído que estábamos viviendo el invierno más frío de los últimos veinte años. Nada nuevo. Siempre es el invierno más frío de los últimos años.

Me detuve frente a un árbol; la escarcha había cubierto sus ramas como la cal que se acumula en el filtro de las lavadoras. Tiritando, apunté el chorro humeante al tronco y lo salpiqué con alivio. De vuelta al coche, escuché un rumor de agua cercano y no pude evitar adentrarme en la niebla y encaramarme a una zona de arbustos para ver si había un arroyo al otro lado. Lo había. No tardé en comprobarlo después de que una mala pisada me hiciera resbalar y caer ladera abajo hasta dar con mis huesos en el río. La curiosidad siempre me ha jugado malas pasadas.

Me puse en pie y, con la ropa chorreando, me encaminé hacia el coche poniendo mi mejor cara de idiota. Pensé que las cosas no podían empeorar; a eso se le llama ingenuidad. Cuando fui al asiento trasero a buscar la maleta para cambiarme, solo encontré la bolsa del ordenador. La había puesto allí antes de salir de viaje, lo recordaba bien. De todos modos, miré también en el maletero. Tampoco estaba. Y en el asiento del copiloto. Nada. ¿Me la habrían robado mientras meaba o me recuperaba del tropiezo? No había otra explicación. La prós-

tata era solo el principio, el interruptor que había puesto en marcha mi caída en desgracia. Y, quién podía saber por qué, había decidido hacerlo en aquella carretera de mala muerte, en mitad de ningún sitio, a unos pocos kilómetros de un pueblo perdido en la costa. Resoplé abrumado. Ya estaba en casa otra vez.

Cuando llegué a Santa Marina, la luna brillaba en el cielo tachonado de estrellas como una hostia recién consagrada. Una fila irregular de farolas alumbraba intermitentemente la entrada al pueblo. En los bordes de las aceras se acumulaba la nieve sucia y derretida. Las calles estaban vacías. Dejé atrás las grúas del astillero, la explanada del muelle, el edificio de la única fábrica de conservas que había resistido al paso del tiempo y continué por la avenida del Mar hasta llegar a la casa de mis padres. Era una buena casa. Un par de plantas, fachada de piedra, tejado a dos aguas, cochera, un pequeño jardín separado de la calle por un muro bajo de mampostería. Mi padre, el clásico hombre de pueblo laborioso y testarudo, acostumbrado al trabajo manual, la había ido ampliando con sus propias manos a lo largo del tiempo.

Aparqué delante de la puerta y, sin soltar el volante, suspiré profundamente. «Tarde o temprano, a todo hombre le llega la hora de enfrentarse a su familia.»

Salí del coche y me arrebujé en el abrigo antes de cruzar el jardín. La hierba estaba alta. No había luz ni dentro ni fuera de la casa. Llamé con insistencia, pero la única respuesta que obtuve fueron los ladridos de un perro en el interior. Era León. Tenía que ser León. Apenas medía un

palmo cuando mi madre apareció con él envuelto en una manta, pero mi padre nos aseguró que crecería y crecería hasta alcanzar el tamaño de un león. Y no se equivocó en absoluto. Mi hermano fue quien decidió llamarlo así. Yo tenía unos siete años entonces, así que León andaría ahora por los cuarenta y siete. Un mastín inmortal. Por absurdo que parezca, era posible, vaya si lo era, la lógica no ha tenido nunca cabida en Santa Marina, la envidia de Macondo. Claro que lo razonable hubiera sido pensar que no era León el que andaba por ahí cada vez que yo volvía a casa, sino un descendiente suyo de alguna de las siguientes generaciones al que mis padres habían puesto el mismo nombre; yo pasaba largas temporadas sin ir por Santa Marina, tiempo suficiente para que un nuevo León alcanzara el tamaño de su predecesor. Sin embargo, era difícil de explicar que todos fueran tan parecidos físicamente y que unos y otros me odiaran de la misma manera. A no ser que el odio se lleve en los genes; eso podría explicar algunas cosas.

En cuanto marqué en el móvil el número de casa de mis padres, se escuchó dentro el timbre intermitente del teléfono desafiando a los ladridos de León, que se afanaba en ahuyentar a los extraños. O a los conocidos que no éramos bienvenidos. Nadie contestó. Recordé que, cuando era un crío, mi madre solía dejar una llave en la tubería que cruzaba la pared por encima de la puerta y decidí probar suerte. Metí la mano, la moví a tientas por la superficie rugosa del plástico y... ¡zas! Un dolor insopor-

table me retorció los dedos. ¡Mierda! ¿Qué demonios había sido aquello? Saqué la mano y lo vi. Una vieja ratornera de madera y hierro había activado su mecanismo aprisionándome los dedos. El resorte oxidado me cruzaba el corazón y el índice como si me hubiera dado por hacer una señal deforme con la que atraer la buena suerte. Buena falta me hacía.

Desenganché los dedos como pude, sin pensar en ello. Dios, hacía años que existían los raticidas. ¿En qué siglo vivían en aquel pueblo?

Desistí de intentar entender toda aquella sucesión de desgracias y me dirigí a casa de mi tía Palmira haciendo balance: próstata vengativa, cuerpo calado, maleta robada, dedos en carne viva. A eso le llamo yo estar en racha.

La casa de mi tía, en la que vivía sola desde hacía más de treinta años, tenía poco que ver con la de mis padres: era de ladrillo rojo y había sido construida con materiales de baja calidad. Tenía un solo piso y alguna vez había parecido habitable, una especie de hogar. Era una casa escuálida, la más desvencijada de aquel barrio de las afueras de casas decrepitas, casi en ruinas. Las habían construido en los setenta, todas iguales, para alojar a los trabajadores de la cementera, como si también ellos fueran todos iguales. Después, la cementera quebró y algunas de las casas fueron abandonadas y otras vendidas a muy bajo precio. Mi tía no pudo dejar pasar la ocasión de hacer negocio, así que se hizo con una de ellas. Fue entonces cuando dejó de vivir con nosotros. Se puede decir que se

independizó pasados los cincuenta años, algo así como una bendición para todos.

Llamé al timbre y aporreé la puerta sin ningún resultado. Me acerqué en busca de alguna luz encendida en el interior, pero las persianas estaban bajadas. La casa estaba cerrada a cal y canto. Y la tía Palmira no tenía teléfono, claro, eso hubiera sido pedir demasiado. ¿Dónde podría estar a esas horas? Recordé la conversación telefónica que había mantenido con mi madre un par de días atrás, por la que me había visto obligado a volver al pueblo:

—Tu tía no está bien, Gregorio. Ya sabes que lleva un tiempo achacosa y, aunque se empeñe en decir que es normal, que a la bajamar todo son averías, hace unas semanas comenzó a marearse y a sentir fuertes dolores en la barriga...

—¿No estará embarazada? —bromeé, intentando quitar hierro al asunto acostumbrado al ánimo exagerado de mi madre.

No le hizo gracia. La escuché apretar los dientes al otro lado del teléfono.

—Tú eres tonto, hijo.

—Perdona, mamá —mascullé—. Me decías que...

Suspiró y fue al grano. Me contó que el estado de la tía Palmira, que acababa de cumplir ochenta y tres años, había ido a peor en los últimos días; al parecer, se mareaba con mayor frecuencia y una semana atrás se había desmayado y había permanecido inconsciente durante casi una hora. Así que, a pesar de sus reticencias anteriores, no había podido

evitar que el médico fuera a visitarla ni que acabara convenciénola para acudir al hospital de La Fragua a hacerse unas pruebas en cuanto se repusiera del golpe. Deduje que Palmira, beata incondicional, había optado por sacudirse de encima el cuento místico y postergar la gran aventura de la muerte el mayor tiempo posible, aunque para ello hubiera tenido que ceder en sus principios y aceptar ponerse en manos de los médicos. «Ratas de bata blanca», los llamaba. «Carniceros de matadero.» Cosas por el estilo.

Mi madre me suplicó que regresara una temporada a Santa Marina para echarle una mano con la situación, porque ella no se veía con fuerzas y mi padre, que siempre andaba a la gresca con mi tía, era un caso perdido; aunque nunca había estado del todo en sus cabales, según ella ahora había perdido el juicio por completo. El panorama era desolador, y yo no pasaba por ser lo que se dice un tipo familiar, sino más bien un árbol sin raíces, un pájaro solitario o algo así. No obstante, no pude evitar sentir una ola de compasión por mi madre.

Tras pensarlo bien, hice de tripas corazón y, resignado, acepté su propuesta; aprovecharía para instalarme allí unos días y terminar el libro en el que estaba trabajando, que se me había atragantado más de lo acostumbrado.

Así que allí estaba, calado hasta los huesos, con un humor de perros, caminando en medio de la noche hacia el centro de Santa Marina, intentando encontrar a alguno de mis familiares. Más allá de mis pisadas, no se oía un solo ruido por la calle, como si fuera un pueblo fan-

tasma. En invierno, los pueblos costeros son así. Y en otoño. Y en primavera. Solo el verano les concede un soplo de vida, una especie de intervalo de felicidad antes de la llegada de una nueva etapa depresiva.

Pasé por delante de la iglesia de la plaza del Sol. El portón principal estaba abierto y arrojaba un chorro de luz a la calle. Extrañado, me acerqué a echar un vistazo. No había nadie dentro; junto al altar, una virgen de piedra posaba su mirada rancia sobre un ataúd de madera que olía a muerto reciente. Entré y caminé por la nave central pensando que dentro encontraría el cadáver de mi tía Palmira. La iglesia estaba congelada, más aún que la calle; la grava que se me había pegado a los zapatos rechinaba al contacto con las baldosas. Graj, graj. O tal vez el cadáver de mi padre. Graj, graj, graj. O incluso el de mi madre.

Me detuve en mitad del pasillo y suspiré. Lo cierto era que los tres miembros de mi familia que vivían aún en el pueblo eran cadáveres potenciales, posibles muertos viejos avalados por las estadísticas. Sentí una sensación extraña, una mezcla de culpa y liberación, una tristeza vaga y sosegada. Retomé el paso con la mirada puesta en el suelo hasta alcanzar la caja. Permanecí en silencio unos segundos antes de levantar la vista; cuando lo hice, descubrí con alivio el cuerpo de un octogenario, un viejo de la quinta de mis familiares, cuya cara de mejillas abolsadas, cuajada de pequeñas venas rojas, sugería una muerte causada por problemas de hígado: hepatitis, cirrosis, cualquier cosa

que el vino y el aguardiente no hubieran hecho más que empeorar. Una muerte como la de Errol Flynn, que decidió bautizar a su mansión «Cirrosis frente al mar». O la de Rory Gallagher, que murió convencido de que el blues es malo para la salud. «En fin, Rory, el whisky tampoco ayuda demasiado.»

Salí de la iglesia y me dirigí con paso firme al verdadero santuario del pueblo.

Recorrí la avenida del Mar, atravesé un par de callejuelas y no tardé en divisar las luces azules y rojas del Amador bajo los soportales de la plaza del Pescado. Había algún otro bar en Santa Marina, era probable que hubieran abierto alguno más en los últimos tiempos, pero el Amador era la taberna por excelencia, el lugar donde el vino, la sidra y el orujo corrían a sus anchas y todo el mundo se sentía como en casa. Era un pequeño foro griego, un baobab africano, el corazón social de la comarca, una especie de parlamento informal donde el pueblo tomaba sus grandes decisiones.

Entré y vi a mi padre en una de las mesas del fondo. Estaba jugando al bingo con un grupo de viejos borrachos. No siempre era el momento de tomar grandes decisiones. Las bombillas rojas que colgaban del techo les hacían parecer diablos. Pobres diablos. Se habían pasado la vida trabajando: dejándose la piel durante años a bordo de sus pequeños pesqueros, deslomándose en la conservera o en el astillero para sacar a sus familias adelante. Se merecían un respiro, el descanso del guerrero, se lo habían ganado. No

había un solo hueco libre en las paredes: caracolas de todos los tamaños, barcos a escala, redes, instrumentos de navegación y otros efectos navales. Amadeo, el hijo de Amador, que llevaba el bar desde hacía una década, era el encargado de extraer las bolas de una vieja nasa y cantar los números desde la barra.

Me acerqué a la mesa.

—Papá.

Levantó la cabeza y me miró por encima de las gafas de lectura sin cambiar la expresión de su cara. No dijo nada. Se limitó a vaciar el vaso de un trago y a volver a clavar la vista en el cartón. Eran cinco en su mesa. Los otros cuatro me ignoraron con la misma naturalidad. La mesa era de seis. Había una silla vacía y un hueco que nadie ocupaba, a pesar de que no había ningún asiento libre en las otras mesas ni en la barra y algunos hombres rellenaban sus cartones apoyados en las columnas del local. Imaginé que sería el sitio donde solía sentarse el hombre que había visto en el ataúd de la iglesia. Así lo velaban los viejos cabrones: jugando al bingo en aquel bar de mala muerte, bebiendo hasta reventar ellos también.

Me dirigí otra vez a mi padre, que se había vuelto a rellenar el vaso:

—¿Qué haces aquí, papá? Es más de medianoche. ¿Dónde está mamá? ¿Por qué no hay nadie en casa, es que le ha pasado algo a la tía Palmira?

—Lo raro es que estés tú aquí, no yo —dijo, revisando el cartón con la punta del bolígrafo.

Sus compañeros de juego asintieron entre dientes en una especie de reproche grupal. La voz ronca de Amadeo se impuso desde el fondo de la barra:

—El... «diecisiete».

—¡Bingo! —gritó uno de los viejos.

—¡Maldita sea! —oí gruñir a mi padre—. Vámonos a casa, Gregorio. —Se quitó las gafas y vació el vaso de un trago—. Y paga lo que debo, que así ganamos tiempo.

Mientras se ponía en pie, caminé hacia la barra sin poder dejar de sentir sobre mi espalda la mirada fría y desconfiada de sus amigos, viendo cómo el serrín del suelo se me pegaba a la suela de los zapatos.

—Cóbrame lo de mi padre, Amadeo.

—¿Lo de hoy, o lo de las últimas semanas?

Miré a mi padre de lado. Estaba cogiendo el abrigo del perchero.

—Paga —dijo, bajando la cabeza.

—Ponme un vino de esos, anda, y cóbrame todo.

Llenó un vaso de uno de los barriles que había debajo de la barra. Lo bebí de un sorbo. Auténtico matarratas. Me soplé los dedos, aguantando el ardor, mientras miraba las cifras que Amadeo iba marcando en la máquina registradora ante el murmullo impaciente de los viejos ludópatas. Cuando llegó al final, saqué los billetes de la cartera y saldé la deuda. Suficiente para unos cuantos litros de aquel vino. Muchos, demasiados, preferí no hacer cálculos. Salí del bar. Mi padre ya estaba fuera. Se había abrochado todos los botones del abrigo y ahora se

subía el cuello con calma, en una especie de ritual bien aprendido que habría repetido miles de veces en los últimos años. Le miré de arriba abajo, sintiendo el escozor del vino en la garganta. Aunque no había cambiado tanto desde la última vez que lo había visto, estaba un poco más delgado, se le marcaban los huesos de la cara y tenía el pelo más blanco. También me di cuenta de que no era tan alto como antes, ni siquiera era más alto que yo ahora. Me dio lástima.

—¿Dónde está mamá? —le pregunté, agarrándole del brazo y aspirando el fuerte olor a nicotina que desprendía su cuerpo, mientras comenzábamos a caminar.

—Lleva unos días durmiendo fuera —dijo, soltándose con el codo.

Se echó la mano al estómago y puso mala cara, como si le hubieran clavado un puñal en las costillas. Carraspeó y escupió al suelo. El matarratas comenzaba a hacer efecto. Siguió caminando, y yo tras él, a un par de pasos de distancia.

—¿Durmiendo fuera?

—Sí, ya ves: en casa de su hermana.

—¿Tan mal está la tía Palmira?

—Eso dice ella. Pero no está ahí por eso.

—¿Ah, no? —pregunté sorprendido, deteniendo el paso—. ¿Y entonces por qué está allí? ¿Y por qué no me abrieron la puerta?

Levantó los hombros sin mirar atrás ni dejar de caminar. Por fin, dijo:

—Parece que los hombres de bien no somos bienvenidos en esa casa, Gregorio. —Se paró, giró sobre sí mismo y me miró a los ojos—. Por cierto, ¿qué tal tu mujer?

—Papá, hace años que no es mi mujer.

—Entonces bien, seguro.

No volvimos a hablar hasta llegar a casa. León nos recibió con una sinfonía de largos aullidos, como los de un lobo hambriento o melancólico. Cuando abrimos la puerta, se abalanzó sobre mí con malas intenciones pero mi padre le arreó una patada que le hizo abandonar cualquier idea que se le estuviera pasando por la cabeza.

—Esta noche duermes fuera —le dijo.

León salió de la casa con desánimo. A fin de cuentas, era un perro obediente. Mi padre subió las escaleras sin prisa, haciéndolas crujir con cada paso, y desapareció tras la puerta de su cuarto, el cuarto vacío en el que debía haber estado mi madre esperándole, dulce y resignada, calentándole la cama como una buena esposa, dispuesta a regañarle por haber llegado tan tarde. Yo entré en mi habitación. Nuestra habitación, para ser exactos. La había compartido toda la vida con mi hermano Alfonso. Aún había un par de fotos nuestras sobre el escritorio. En una de ellas, una de cuando éramos críos, se había puesto de puntillas para parecer más alto que yo. Casi lo era entonces, y eso que le saco cuatro años. La otra era de mi boda; no entendí por qué no se habían deshecho de ella todavía. La familia al completo posaba junto a los novios. Todos tan jóvenes, todos tan sonrientes. Mi madre le

colocaba la corbata a mi padre con una mezcla de admiración y clemencia, como si fuera un héroe de guerra mutilado. Mi padre se miraba los zapatos. La tía Palmira, con la cabeza levantada al cielo, daba gracias a dios por haber obrado aquel milagro. Maite y yo mirábamos a cámara con una absurda sonrisa en los labios, como si aquel bulto que le hinchaba la panza no fuera un bombo de casi siete meses y ambos no estuviéramos a punto de tirar nuestras vidas a un vertedero. Mi hermano Alfonso, por su parte, también sonreía, orgulloso de su última hazaña: haber puesto tras la cabeza del novio una señal de cuernos con los dedos que seguiría allí casi treinta años más tarde. Valiente gilipollas.

Me dormí enseguida, con la imagen de mi hermano revoloteando sobre el cabecero de la cama como una polilla en una farola. Al rato me despertaron unos ruidos en el piso de abajo. Tal vez fuera mi madre. Sí, tenía que ser ella, que había vuelto para reconciliarse con mi padre. Lo había visto otras muchas veces. Siempre era mamá la que se enfadaba y se iba de casa. Y siempre era también ella quien daba su brazo a torcer y volvía para arreglar las cosas. Bajé a comprobarlo. Había luz en la cocina. Entré. Mi madre no estaba. Era mi padre. Estaba sentado, con la barbilla apoyada en ambas manos. Sobre la mesa, una garrafa de vino tinto y un vaso medio lleno, por no decir medio vacío.

Le pregunté qué estaba haciendo.

—Has vuelto, ¿no? —dijo, levantando el vaso con una mueca de asco en la cara—. Pues eso hay que celebrarlo.